

**Discurso pronunciado por César A. Fernández Garrasino en ocasión del
Cincuentenario de la Promoción 1955 el 28 de octubre de 2005.**

**Señor Rector del Colegio, Doctor Horacio Sanguinetti, también distinguido
abanderado durante un lapso de nuestra época, y celador de varios de
nosotros.**

Autoridades, funcionarios, maestros, señoras, señoritas, señores.

Hermanos del Cincuentenario 2005.

Un mediodía casi estival de la primera mitad de noviembre del 55, y como siempre desde hacía seis años, las puertas mayores del Colegio nos fueron franqueadas por los efectivos del Sr. Diéguez, la mayoría dignos españoles laboriosos, casi todos del mismo pueblo de la dulce Galicia. Afuera, el sol iluminaba a gloria la amplia vereda y los árboles de la calle Bolívar, y comenzaba a entibiar recuerdos e incipientes nostalgias. Ese era un fin distinto de la mañana de clases, fin algo melancólico y agridulce, a pesar de las expectativas veraniegas y las estudiantinas celebratorias en ciernes. En ese mediodía a todo sol, se había rasgado el saco amniótico que nos contuvo durante 6 años. Ya no volveríamos a los pupitres añejos y a las aulas de pizarrones corredizos, con aromas a tizas y maderos. Era nuestro último día de estudiantes del Colegio, y la última merienda finimatinal, saciada con provisiones del sempiterno presente "abuelo" de las escalinatas, orgulloso de lucir blanco guardapolvo y pulcro canastón de mimbre colgado al cuello, y una impecable gorra

gris claro, de orla blanca, y lustrosa visera negra, que distinguía al uniforme de gala de las fuerzas del señor Diéguez.

Desde ese día, atrás quedaban las leyes de Boyle - Mariotte y Gay - Lussac, la fórmula de Baskara, las enclesis y ablativos absolutos, el Congreso de Viena y la Santa Alianza, las estructuras cíclicas de los bencenos, la sistemática de las angiospermas, los contornos voluptuosos de la réplica de la Venus de Milo del Gabinete de Dibujo, el romacero español del Siglo XV.

Recuerdan..... Avenámar Conde Arnaldos (improvisar sin texto)

También quedaba atrás la aparición inquietante del siniestro barquero Caronte, quien el año anterior, según designio y mandato de los jueces ungidos por los dioses, había irrumpido en 5º año, para hacer comparecer, ante el tribunal de Minos, a un inquisitorial y erudito profesor de Latín, especialista en literatura y métrica escandida. Al mejor estilo pontificio, conservaré "in pectore" el nombre verdadero de aquel Caronte, y de los celadores que lo auxiliaron para calzar máscara, y vestir ropajes, en un singular "camerino" de múltiples lavabos.

En la oportunidad, seres sencillos y atribulados, ofrendaron a Caronte consensos amplios, y devociones sinceras. Eran almas nobles de aquel 5º año, cuya condición, en el decir de Virgilio, se definía como "...Fracti bello fatisque repulsi...", es decir, "...Quebrantados por la guerra y rechazados por los hados...". Intentaban traducir las inscripciones testimoniales de la columna rostral de Cayo Nepote Duilio, o bien vivían

obsedidos por pies yambos y espondeos. Todos tenían una cualidad compartida: eran confesos cultores furtivos y heréticos, de las páginas clandestinas, cuasi subversivas, pero redentoras, representadas por aquellas cuartillas de De Nigris, ofrecidas en prolijas grafías violáceas de matices episcopales, algo borrosas y desleídas a causa del copioso tiraje frenético, impuesto por la avidez de la demanda.

Comienza a ser tiempo y hora de crepúsculo y “cubre fuego”; de nuevo Virgilio acude a nosotros: "Et iam nox umida cadentia sidera somnos...". "Y ya la noche humida invita al sueño cadencioso de los astros...". La bella expresión, bendecida por colinas y bosquecillos del Lacio fundacional, ilumina el cercano fin amable de esta jornada evocadora de mocedades. Se apagarán las lámparas de esta Aula Mayor del viejo Colegio, reposarán las voces del coro, y dejará de vibrar el órgano ceremonial. Pero el claustro magno guardará las presencias de ustedes, y la de mis hermanos cincuentenarios y sus compañías, y la de nuestros pares ausentes en explicitación física, pero junto a nosotros en el recinto incorpóreo de los afectos.

Junto a mi colega de la primaria Luis Bautista Martínez, aquí presente y también muchacho cincuentenario, convoco al recuerdo de la que fuera compañera de la Escuela Cornelia Pizarro de la calle Peña, y amiga de toda la vida desde los tiempos de juegos y solaz en los parques de Pueyrredón y Las Heras, después amable esposa de uno de mis mejores amigos de siempre: hago homenaje a la memoria de la Profesora Edith Rossetto de López del Carril, quien fuera ilustre vicerrectora de nuestro Colegio.

Don Horacio Sanguinetti: por tu digno intermedio agradecemos a nuestro viejo Colegio el legítimo sentido de Patria con el cual alimentó nuestro discernimiento naciente, los severos principios republicanos de libertad, igualdad y fraternidad en que nos formó, y las enseñanzas liminares que edificaron el acervo intangible de conocimientos perennes, más tarde fundamentos robustos del aprendizaje de artes y oficios, que el curso de la vida nos dió en cultivar y ejercer.

En seguida, tendremos el honor y el placer de escuchar a Eduardo Baglietto, otro joven cincuentenario. Eduardo fue mi ladero de pupitre doble, en aquella 5ª. división de 1er. año, durante nuestros impactantes días inaugurales en los claustros austeros del viejo Colegio, allá por marzo del 50.

Antes, expreso mis sentimientos de dicha por haber tenido ayer compañeros leales, y hoy hermanos entrañables como fueron y son todos ustedes, jóvenes del cincuentenario, que me honraron inmerecidamente al confiarme la palabra. Que el devenir de los tiempos y su gestor, en cualquiera de sus concepciones y doctrinas, protejan y bendigan a todos mis hermanos de aula y de vida, matutinos y vespertinos, y a sus seres queridos. Que así sea. Muchas gracias.